

hija de Vannes. Pueden conciliarse estos pareceres, suponiendo (lo que es muy probable) que Vannes y Venecia han nacido recíprocamente la una de la otra. Considero, pues, a los venecianos como bretones; los gondoleros y yo somos primos y oriundos del cuerno de la Galia, *cornu Gallia*.

Satisfecho con esta idea he ido a almorzar a un café, situado en el muelle de los Esclavones. El pan era tierno, el te aromático, la nata como en Bretaña, la manteca como en la Prevalais; porque la manteca, merced al progreso de luces, ha mejorado en todas partes; la he comido exquisita en Granada. El movimiento de un puerto me deleita siempre: los patronés de los buques bebían alegremente; los vendedores de frutos y flores me ofrecían cidras, uvas y ramilletes; los pescadores preparaban sus tartanas; los guardias marinas se dirigían en sus chalupas al buque almirante para tomar lecciones de maniobra, y las góndolas conducían varios pasajeros al vapor de Trieste, de ese Trieste que quiso hacerme acuchillar por Bonaparte en las gradas de las Tullerías, del mismo modo que me amenazó con hacerlo también cuando, en 1807, me atreví a escribir en *El Mercurio*:

«Nos estaba reservado hallar en el fondo del mar Adriático la tumba de dos hijas de reyes, cuya oración fúnebre habíamos oído pronunciar en un granero de Londres. ¡Ah! La tumba que encierra esas nobles señoras habrá visto una vez al menos interrumpido su silencio: el rumor de los pasos de un francés habrá estremecido a dos francesas en su sepulcro. Los respetos de un humilde caballero en Versailles, nada hubiese sido para unas princesas; la plegaria de un cristiano en tierra extraña, acaso habrá sido agradable para unas santas.»

Hace algunos años que sirvo a los Borbones; éstos han iluminado mi fidelidad, pero no la cansarán jamás. Almuerzo en el muelle de los Esclavones aguardando a la desterrada.

ROUSSEAU Y BYRON. — GRANDES INGENIOS INSPIRADOS POR VENECIA. — ANTIGUAS Y NUEVAS CORTESANAS. — ROUSSEAU Y BYRON DESGRACIADOS. — LLEGADA DE LA SEÑORA DE BAUFFREMONT A VENECIA. — EL DUQUE DE MÓDENA. — SEPULCRO DE PETRARCA EN ARQUA. — TIERRA DE POETAS.

Venecia, septiembre de 1833.

Desde mi humilde mesa recorro con la vista todas las radas: una brisa suave refresca el aire; la marea sube, y entra un buque mayor. El Lido a un lado, el palacio del Dux al otro y las lagunas en el centro; he aquí el cuadro. De este puerto salieron tantas flotas gloriosas: de él salió el viejo Dandolo con toda esa pompa de la caballería de los mares, cuya descripción nos legó Villehardouin, fundador de nuestra lengua y nuestras memorias:

«Y cuando las naves estuvieron cargadas de armas, y de vituallas, y de caballeros y escuderos, y los escudos fueron colocados a lo largo de los costados y obenques de las naves, y se desplegaron tantas y tan bellas banderas, jamás flotas más hermosas partieron de ningún puerto.»

Mi escena matinal de Venecia me recuerda la historia del capitán Olivet y de Zulietta, tan bien referida:

«La góndola llega — dice Rousseau —, y vió salir de ella a una joven encantadora, elegantemente vestida, y tan ligera que, en tres saltos, estuvo en la habitación; y la vi a mi lado antes de poder advertir que habían puesto un cubierto para ella. Era tan hermosa como viva; una morenita de veintidós años, a lo más; no hablaba más que el italiano; y sólo su acento hubiera bastado para trastornarme la cabeza. Comiendo y hablando a un tiempo, me mira, se fija un momento y exclama: «¡Virgen Santa! ¡Ah, mi querido Bremond, cuánto tiempo hacía que no te había visto!»; se arroja en mis brazos, me besa y me estrecha fuertemente entre los suyos. Sus grandes ojos negros y orientales arrojaban rayos de fuego que abrasaban mi corazón; y aunque me distrajo al pronto la sorpresa, la voluptuosidad se apoderó de mí en el momento...»

«Nos dijo que me parecía mucho al señor Bremond, director de Aduanas de Toscana; que había amado a ese sujeto;

que le amaba aún; que la había abandonado porque era una loca; que me brindaba a reemplazarle; que deseaba amarme porque era ese su gusto; que debía yo corresponderle por la misma razón, todo el tiempo que le conviniera, y que cuando ella me abandonase, debía armarme de paciencia, como había hecho su querido Bremond. Dicho y hecho...»

Por la noche la acompañamos a su casa; durante la conversación vi dos pistolas sobre su tocador. «¡Ah! — dije yo tomando una de ellas —; he aquí un adorno de nueva invención; ¿puedo saber cuál es su uso?...» Nos dijo con una sencillez altiva, que la hacía aún más interesante: «Cuando concedo favores a personas que no amo, les hago pagar el fastidio que me causan; nada más justo; pero, al sufrir sus caricias, no quiero sufrir sus insultos, y no perdonaré al primero que me falte.»

«Al separarme de ella quedamos citados para la mañana siguiente; no la hice esperar. La hallé *in vestito di confidenza*; en ese desaliño más que galante, conocido tan sólo en los países meridionales y que no me detendré a describir, aunque lo tengo muy presente... Yo no había concebido la idea de los placeres que me esperaban. He hablado de la señora de L...e, en el transporte que su recuerdo me causa alguna vez; pero, ¡cuán vieja, fea y fría me parece comparada con mi Julieta! No intentéis imagináros las gracias y atractivos de aquella joven encantadora, porque distaríais mucho de la verdad...; las hermosas del Serrallo son menos vivas, las huríes del Paraíso menos incitantes.»

Esta aventura terminó por una extravagancia de Rousseau y las palabras de Julieta: *Lascia le donne e studia la matematica*.

Lord Byron se entregaba también a las Venus mercenarias; llenó el palacio de Mocénigo de estas beldades venecianas, refugiadas, según él decía, bajo los *Pazzioli*. Avergonzado algunas veces, huía y pasaba las noches en su góndola en medio de las aguas. Tenía por sultana favorita a Margarita Cogni, llamada por apodo la *Fornarina*, por el oficio de su marido. «Morena, alta (habla lord Byron), cabeza veneciana, hermosos ojos negros, y veintidós años. Dirigiéndonos a Lido en

un día de otoño... nos sorprendió una tempestad... A la vuelta, después de una terrible lucha, encontré a Margarita en las gradas del palacio Mocénigo, a orillas del gran canal; sus ojos negros brillaban al través de sus lágrimas, su larga cabellera de azabache, desprendida y empapada en la lluvia, cubría su frente y su pecho. Expuesta al furor de la tormenta, el viento que azotaba sus vestidos, los arrollaba y ceñía a su esbelto talle; el relámpago brillaba sobre su cabeza y las olas bramaban a sus pies; parecía una Medea apeada de su carro, o una sibila conjurando a la tempestad que mugía en derredor; único objeto vivo al alcance de la voz en aquellos momentos, a excepción de nosotros mismos. Al verme sano y salvo, no me esperó para darme la bienvenida, sino que, gritando desde lejos, me dijo: *Ah! can della Madonna! dunque sta il tempo per andar al Lido!* ¡Ah! pícaro, ¿es este tiempo a propósito para ir a Lido?»

En estas dos relaciones de Rousseau y de Byron, se comprende la diferencia de posición social, de educación y de carácter de estos dos hombres. A través de las galas de estilo del autor de las *Confesiones*, descúbrese cierta vulgaridad, cierto cinismo, cierto mal tono y mal gusto; la obscuridad del lenguaje propio de aquella época, obscurece el cuadro, Zulietta es superior a su amante en elevación de sentimientos y en elegancia de costumbres; es casi una gran señora enamorada de un íntimo secretario de un miserable embajador. Igual inferioridad se nota cuando Rousseau se conviene con su amigo Carrio para educar, de común acuerdo, a una niña de once años, cuyos favores, o más bien cuyas lágrimas, debían repartirse entre sí.

Lord Byron es de otra índole: deja traslucir las costumbres y la fatuidad de la aristocracia; par de la Gran Bretaña, se burla de la mujer que ha seducido, y la eleva hasta él por sus caricias y por la magia de su talento. Byron llegó rico y famoso a Venecia, Rousseau desembarcó en ella pobre y desconocido; todos señalan el palacio que divulgó los errores del noble heredero del comodoro inglés; al paso que ningún *cicerone* podrá señalaros el sitio en que ocultó sus placeres el hijo plebeyo del obscuro relojero de Ginebra. Rousseau ni siquiera habla de Venecia; parece haberla habitado sin verla; Byron la canta admirablemente.

Venecia, septiembre de 1833.

Pero, ¿qué ciudad es ésta en donde los talentos más distinguidos parecen haberse dado cita? Los unos la han visitado en persona, los otros han enviado a ella su Musa; algo hubiera faltado para la inmortalidad de aquellos ingenios si no hubiesen suspendido algún cuadro en este templo de la voluptuosidad y de la gloria. Sin necesidad de recordar los grandes poetas de Italia, los ingenios de Europa entera recibieron de ella sus inspiraciones: allí respira la *Desdémona*, de Shakespeare, bien diferente de la *Zulietta*, de Rousseau, y de la *Margarita*, de Byron, aquella púdica veneciana que declara su ternura a Otelo. «Si tenéis algún amigo que me ame, enseñadle a contar vuestra historia, eso me inspirará amor hacia él.»

Allí se presenta también aquella *Belvidera* de Olway que dice a Jaffier:

Oh smile, as when our loves were in their spring.
O! lead me to some desert wide and wild,
Barren as our misfortunes, where my soul
May have, etc., etc.

«¡Oh! sonrío como cuando nuestros amores estaban en su primavera... Guíame a algún desierto vasto, salvaje, estéril como nuestras desgracias, donde mi alma pueda respirar, donde yo pueda a voz en grito decir a los elevados cielos y a los atentos astros de qué riqueza inmensa está henchido mi seno; donde yo pueda enlazar mis impacientes brazos alrededor de ti, dar paso al amor por medio de besos que reanimen mi alegría y den salida a todo el fuego que encierra mi corazón.»

Goethe, contemporáneo nuestro, celebró a Venecia, y el gentil Marot, el primero que hizo oír su voz al despertar las musas francesas, se refugió en los hogares del Ticiano. Montesquieu escribía: «Pueden haberse visto todas las ciudades del mundo y quedar sorprendido al llegar a Venecia.»

Cuando en un cuadro, demasiado desnudo acaso, el autor de las *Cartas persas* representa a una musulmana entregada en el paraíso a dos *hombres divinos*, ¿no parece haber pintado la cortesana de las *Confesiones*, de Rousseau, y la de las *Memorias*, de Byron? ¿No estaba yo entre mis dos floridianas, como Anais entre sus dos ángeles? Pero ni las *jóvenes pintadas* ni yo somos inmortales.

Madama de Staël entrega a Venecia a

las inspiraciones de Corina: ésta oye el estampido del cañón y pronuncia el sacrificio de una joven... Aviso solemne «que una mujer resignada da a las mujeres que luchan contra el destino...» Corina sube a la torre de San Marcos, contempla la ciudad y las olas, vuelve la vista hacia las *nubes de la parte de Grecia*: «Por la noche sólo ve el reflejo de las linternas que iluminan las góndolas: parecen sombras que se deslizan sobre las aguas guiadas por una leve estrella.» Oswald se aleja, Corina se lanza a detenerle. «Una lluvia terrible empieza a caer, el viento resuena con violencia.» Corina baja a orillas del canal. «La noche era tan oscura que no se veía una sola barca; Corina llamaba a la aventura a los barqueros, quienes tomaban sus voces por los gritos de agonía de algún desgraciado que se ahogaba en medio de la tempestad; y, sin embargo, nadie se atrevía a acercarse. Tan formidables y agitadas se hallaban las olas del gran canal.»

He aquí aún la *Margarita* de lord Byron.

Experimento un placer indecible al recordar las obras maestras de esos grandes ingenios en los mismos sitios en que fueron escritas. Respiro con tanta satisfacción en medio de aquellas sombras inmortales, como un humilde viajero admitido en el hogar hospitalario de una familia rica y generosa.

De Venecia a Ferrara, desde el 16 al 17 de septiembre de 1833.

Inmenso era el espacio que mediaba entre estas ilusiones y las realidades en que volví a entrar al presentarme en el palacio de la princesa Bauffremont; preciso era pasar desde 1806, cuyo recuerdo me ocupaba, a 1833 en que me hallaba en realidad; Marcos Polo, cayó de China a Venecia precisamente después de una ausencia de veintisiete años.

La señora de Bauffremont lleva escrito perfectamente en su rostro y en sus modales el nombre de Montmorency: hubiera podido muy bien, como aquella Carlota, madre del gran Condé y de la duquesa de Longueville, ser amada por Enrique IV. La princesa me dijo que la duquesa de Berry me había escrito una carta desde Pisa; carta que yo no había recibido. S. A. R. llegaba a Ferrara, donde me esperaba.

Costábame trabajo abandonar mi retiro; ocho días me faltaban aún para mi

revista minuciosa y detallada, y sentía, sobre todo, no poder terminar la aventura de Zanze; pero mi tiempo pertenece a la madre de Enrique V., y siempre que viajo, algún choque imprevisto me arranca de mi camino para arrojarme a otro nuevo.

Partí, dejando mi equipaje en la fonda de Europa, esperando volver con Madama.

Hallé todavía mi coche en Fusina: lo sacaron de una antigua cochera, como una joya del guardamuebles de la corona, y me alejé de las playas que toman acaso su nombre del tridente del rey de la mar; *Fuscina*.

Al llegar a Padua, dije al postillón: «Camino de Ferrara.» Este camino es admirable hasta Monfelicce; colinas de extremada hermosura, vergeles de higuerras, de moreras y de sauces festoneados de viñas, praderas risueñas y castillos arruinados. Pasé por delante de Catajo, rodeado de soldados: el abate Lenglet, muy instruido por otra parte, ha tomado aquella mansión por un paisaje de la China. El Catajo no pertenece a Angélica, sino al duque de Módena, a quien me encontré frente a frente en ocasión en que paseaba él a pie por el camino real. Este duque es un vástago de la raza de príncipes inventada por Maquiavelo, y tiene el orgullo de no reconocer a Luis Felipe.

El pueblo de Arqua conserva el sepulcro de Petrarca, cantado por lord Byron.

Che fai, che pensi? che pur dietro guardi
Nel tempo, che tornar non pote omai,
Anima sconsolata?

«¿Qué haces? ¿qué piensas? ¿Por qué volver la vista a un tiempo que no puede volver jamás, alma desconsolada!»

Todo aquel país, en un radio de cuarenta leguas, es la patria de los escritores y de los poetas. Tito Livio, Virgilio, Cátulo, Ariosto, Guarini, los Strozzi, los tres Bentivoglio, Bembo, Bartoli, Bojardo, Pindemonte, Varano, Monti y otros muchos hombres célebres nacieron en aquella tierra privilegiada de las musas, y aun el Tasso mismo era oriundo de Bérgamo. De los modernos poetas italianos sólo he podido ver a uno de los dos Pindemonte. No he conocido ni a Cesarotti, ni a Monti; hubiérame alegrado conocer a Pellico y a Manzoni, últimos destellos de la gloria italiana. Los montes Euguanianos, que atravesé, se doraban con la luz del poniente con una agradable variedad de formas y una gran pu-

reza de contornos: una de estas montañas se asemejaba a la mayor de las pirámides de Sacarah, cuando se dibuja en ella la luz del sol declinando sobre el horizonte de Libia.

Por la noche continué mi viaje por Rovigo; una densa niebla cubría la tierra. No vi el Po sino en el paso del Lagoscuro. El coche se detuvo y el postillón llamó al barquero con su trompeta. El silencio era completo; tan sólo al otro lado del río el ladrido de un perro y el eco débil de las cascadas lejanas respondieron a su llamamiento; aquel sitio era la entrada del imperio eliseo del Taso, en el cual íbamos a penetrar.

Un rumor sobre el agua, al través de la niebla y de las sombras, anunció la aproximación de la barca; deslizábase a lo largo de una cuerda sujeta a unas lanchas ancladas. El diez y seis llegué a Ferrara, entre cuatro y cinco de la mañana; me apeé en la fonda de las *Tres Coronas*, donde aguardaban a la princesa.

Miércoles 17.

Como no había llegado S. A. R., visité la iglesia de San Pablo, y sólo hallé en ella sepulcros; por lo demás, ni un alma, excepto la de algún difunto acaso, y la mía, que apenas tiene vida. En el interior del coro vi un cuadro de Guercino. La catedral engaña a primera vista; en el frontispicio y costados se incrustan bajos relieves de asuntos sagrados y profanos. Sobre este exterior se encuentran, además, otros adornos, colocados generalmente en el interior de los edificios góticos, como pilastras, medallones árabes, extraños arcosonados, galerías con ligeras columnas, con ojivas y otros adornos empotrados en el muro. Al entrar queda el viajero sorprendido a la vista de una iglesia nueva con bóvedas esféricas y macizos pilares. ¡Cuántos de estos disparates se notan en Francia en lo físico y en lo moral! En nuestros antiguos palacios se construyen gabinetes modernos, nidos de ratones con alcobas y guardarropas. Penetrad en el alma de algunos de estos hombres engalanados con un nombre célebre, ¿qué hallaréis en ella? Inclinaciones mezquinas y despreciables.

Mucho me sorprendió la vista de aquella catedral, que parecía estar vuelta como un vestido al revés; campesina del tiempo de Luis XV, disfrazada de castellana del siglo XII.

Ferrara, en otro tiempo tan agitada

por sus mujeres, por sus fiestas y por sus poetas, está ahora casi desierta; sus calles son anchas, pero nadie las recorre, y los carneros podrían pacer en ellas; sus casas no se ven animadas, como en Venecia, por la arquitectura, las embarcaciones, el mar y la natural alegría del país. Situada en el límite de la desgraciada Romanía, Ferrara, bajo el yugo de una guarnición austriaca, presenta el aspecto de un perseguido; parece llevar el eterno luto del Taso; pronta a desplomarse, se encorva como una vieja decrepita. Como único monumento del día, se eleva del suelo un tribunal criminal con prisiones no concluidas. ¿Quién ocupará aquellos recientes calabozos? La joven Italia. Estas nuevas cárceles, rodeadas de andamios como los palacios de la ciudad de Dido, están contiguas al antiguo calabozo del cantor de *Jerusalén*.

LLEGADA DE LA DUQUESA DE BERRY. — LA SEÑORITA DE LEBESCHU. — EL CONDE LUCCHESI PALLI. — DISCUSIÓN. — COMIDA. — BUGEAUD EL CARCELERO. — LA SEÑORA DE SAINT-PRIEST. — EL SEÑOR DE SAINT-PRIEST. — LA SEÑORA DE PODENAS. — NUESTRA TROPA. — MI REPUGNANCIA A IR A PRAGA. — CEDO SOBRE UNA PALABRA. — PADUA. — SEPULCROS. — MANUSCRITO DE ZANZE.

Ferrara, 18 de septiembre de 1833.

De vuelta a las *Tres Coronas*, de donde había salido el 18 por la mañana, he encontrado la calle atestada de gente; los vecinos estaban todos asomados a las ventanas. Una guardia de cien hombres de tropas austriacas y del Papa, ocupaban la fonda. El cuerpo de oficiales de la guarnición, los magistrados de la ciudad, los generales y el nuncio, aguardaban a la duquesa, cuya llegada había anunciado un correo con las armas de Francia. La escalera y los salones estaban adornados con flores. Jamás hubo recepción más bella para un desterrado.

En cuanto se avistaron los carruajes, los tambores batieron marcha, sonó la música de los regimientos, y los soldados presentaron las armas. A la duquesa costóle trabajo apearse, entre los empujones, de la carroza parada a la puerta de la fonda, a donde yo había acudido. Me reconocí, sin embargo, entre la confusión, y por entre las autoridades constituidas y los mendigos que se echaban sobre ella,

me tendió la mano diciéndome: «*Mi hijo es su rey*, ayúdeme, pues, a pasar.» No la encontré muy cambiada, aunque sí más flaca; tenía algo de una niña recién despierta.

Yo iba delante; ella daba el brazo al señor Lucchesi y la seguía la señora de Podenas. Subimos la escalera y entramos en las habitaciones entre dos filas de granaderos, en medio del ruido de las armas, del sonido de los clarines y de los vivas de los espectadores. Tomábanme por el mayordomo y se dirigían a mí para ser presentados a la madre de Enrique V. Mi nombre se enlazaba a aquellos nombres en el espíritu de la muchedumbre.

Preciso es consignar que la duquesa, desde Palermo a Ferrara, había sido recibida con los mismos honores, a pesar de las notas de los enviados de Luis Felipe. Habiendo el señor de Broglie tenido el atrevimiento de pedir al Papa la expulsión de la proscripta, el cardenal Bernetti contestó: «Roma ha sido siempre el asilo de las grandezas caídas. Si en estos últimos tiempos la familia de Bonaparte encontró refugio cerca del Padre de los fieles, con mucha más razón debe ejercerse la misma hospitalidad en favor de la familia de los reyes cristianísimos.»

Poco creo en ese despacho, pero me sorprendió vivamente el contraste; en Francia el gobierno prodiga insultos a una mujer a quien teme; en Italia sólo se acuerdan del nombre, del valor y de las desgracias de la duquesa de Berry.

Me vi precisado a admitir mi papel improvisado de primer gentilhombre de cámara. La princesa, que era extremadamente festiva, llevaba un vestido de tela cenicienta ceñido al talle, y sobre la cabeza una especie de gorrita de viuda, o de capillo de niño o de pensionista castigado. Iba de un lado a otro como un abejorro; corría con aturdimiento, con aire resuelto, por en medio de los curiosos, como hubiera podido hacerlo en los bosques de la Vendée. Ni miraba ni reconocía a nadie. Me vi forzado a detenerla poco respetuosamente, tirándole de la falda o cerrándole el paso, diciéndole: «Señora, ahí está el comandante austriaco, el que viste de blanco; Señora, he ahí el comandante de las tropas pontificias, el vestido de azul; Señora, aquí está el nuncio, ese abate alto y joven vestido de negro.» Se paraba, decía algunas palabras en italiano o en francés, no muy oportunas, pero con soltura, con franqueza, con gracia, y que, a pesar de ser

desagradables, no desagradaban; era una cosa especial que a nada se parecía. Me sentía casi embarazado y, sin embargo, ninguna inquietud experimentaba acerca del efecto producido por la pequeña evadida de las llamas y del calabozo.

Ibase introduciendo una confusión cómica. Debo decir con toda la reserva de la modestia: que el ruido vano de mi vida aumenta a medida que el silencio real de esta vida acrece. No puedo, en la actualidad, apearme en un mesón de Francia o del extranjero sin ser inmediatamente sitiado. Para la vieja Italia, soy el defensor de la religión; para la joven, el defensor de la libertad; para las autoridades, tengo el honor de ser la *Sua Eccellenza* GIA ambasciadore di Francia, en Verona y en Roma. Las señoras, todas, sin duda, de una extremada belleza, han prestado la lengua de Angélica y de Aquilán el Negro a la Florida Atala y al moro Aben-Hamet. Veo, pues, llegar escolares, viejos abates con anchos solideos y mujeres a quienes doy gracias por sus traducciones y sus atractivos; y, luego, algunos mendicantes, demasiado bien educados para creer que un embajador en ciernes es tan bribón como sus señorías.

Mis admiradores, que habían acudido a la fonda de las *Tres Coronas*, con la multitud atraída por la duquesa de Berry, me arrinconaban en el ángulo de una ventana y daban principio conmigo a una arenga que iban luego a terminar con María Carolina. En medio de la turbación de los espíritus, los dos grupos se equivocaban algunas veces de patrón y de patrona y se me saludó más de una vez con el tratamiento de *Vuestra Alteza Real* y la duquesa me contó que la habían felicitado por el *Genio del Cristianismo*: cambiábamos nuestros renombres. La princesa estaba gozosa de haber compuesto una obra en cuatro volúmenes, y yo me sentí orgulloso de haberme visto tomar por la hija de reyes.

De pronto la duquesa desapareció: se fué a pie con el conde Lucchesi a ver el alojamiento del Taso; entendía algo en materia de cárceles. La madre del huérfano proscripto, del niño heredero de San Luis, María Carolina, salida de la fortaleza de Blaye, no buscando en el pueblo de Renée de Francia, más que la mazmorra de un poeta, es una cosa cínica en la historia de la fortuna y de la gloria humana. Los venerables de Praga hubieran pasado cien veces por Ferrara sin que una idea parecida hubiese cruza-

do su imaginación; pero la duquesa de Berry es napolitana, es compatriota del Taso, que decía: *Ho desiderio di Napoli, come l'anime ben disposte, del paradiso*. «Deseo Nápoles, como las almas bien dispuestas el paraíso.»

Estaba en la oposición y en la desgracia: los decretos se fraguaban clandestinamente en palacio y descansaban todavía en paz y en secreto en el fondo de los corazones. Un día vió la duquesa de Berry un grabado que representaba al cantor de Jerusalén, asomado a la reja del calabozo. «Espero — dijo — que muy pronto veremos así a Chateaubriand.» Palabras de prosperidad, que deben recordarse menos que un propósito formulado en la embriaguez. Debía reunirme a la duquesa en la mazmorra misma del Taso después de haberme visto por ella encerrado en las cárceles de la policía. ¡Qué elevación de sentimiento en la noble princesa! ¡qué muestra de estimación me dió, al dirigirse a mí en la hora de su infortunio, después del anhelo que había formado! Si su primer deseo elevaba a gran altura mis talentos, su confianza se equivocó menos sobre mi carácter.

Ferrara, 18 de septiembre de 1833.

El señor y la señora de Saint-Priest y Adolfo Sala, llegaron. Este último había sido oficial de la guardia real y ha substituido en mis negocios de librería al señor Delloye, mayor en la misma guardia. Dos horas después de la llegada de la duquesa había ya visto a la señorita de Lebesch, mi compatriota, la que se apresuró a manifestarme las esperanzas que en mí habían querido fundar. La señorita Lebesch figura en el proceso de *Carlos Alberto*.

Vuelta de su poética visita, la duquesa de Berry me hizo llamar: me aguardaba con el conde Lucchesi y la señora de Podenas.

El conde Lucchesi Palli es alto y moreno. La duquesa le llama *Tancredo* para las mujeres. Sus modales con la princesa, su esposa, son una obra maestra de etiqueta; ni humilde, ni arrogante, respetuosa amalgama de la autoridad del marido y de la sumisión del súbdito.

La duquesa me habló en seguida de negocios, dándome las gracias por haber acudido a la invitación. Me ha dicho que iba a Praga, no tan sólo para reunirse con su familia, sino también para obtener el acta de la mayoría de su hijo, de-

clarándome luego que me llevaba consigo.

Esta declaración que, francamente, no esperaba, me consternó: ¡Volver a Praga! Hice las objeciones que se me ocurrieron.

Si iba a Praga con la duquesa, y si obtenía lo que deseaba, el honor de la victoria no pertenecería por entero a la madre de Enrique V, y esto sería un mal; si Carlos X se obstinaba en negar el acta de mayoría, en mi presencia (como estaba persuadido que lo haría), mi influencia estaba perdida. Me parecía, pues, mejor quedarme como en reserva, para el caso de que la duquesa fracasase en su negociación.

Su Alteza Real combatió estas razones: sostuvo que carecería de fuerza en Praga si yo no la acompañaba; que yo imponía a sus parientes; que consentía en dejarme el brillo de la victoria y el honor de enlazar mi nombre al advenimiento de su hijo. Los señores de Saint-Priest entraron durante este debate y sostuvieron a la princesa en su pretensión; pero yo insistí en mi negativa. Avisaron para comer.

La duquesa, que estaba muy contenta, me refirió de la manera más divertida sus reyertas con el general Bugeaud, en Blaye. Bugeaud la atacaba sobre la política y se incomodaba; la duquesa se enfadaba más que él; gritaban como dos águilas y la duquesa lo echaba de su habitación. Su Alteza Real se abstuvo de mencionar ciertos detalles, que tal vez me hubiera relatado si me hubiese quedado con ella. Tomó a Bugeaud por su cuenta y lo puso como nuevo: «Ya sabe usted — me dijo — que cuatro veces manifesté deseo de verle, y Bugeaud lo notificó a d'Argout, y éste contestó a Bugeaud que era un animal; que debió haber, desde luego, negado su admisión, fundándose en la etiqueta del saco: es de buen gusto (1) este señor d'Argout.»

La duquesa recalca con su acento italiano estas dos palabras que riman.

Esparecido, sin embargo, el rumor de mi negativa, inquietó a los fieles. La señorita de Lebeschú vino después de comer a sermonearme en mi aposento, y el señor de Saint-Priest, hombre de inteligencia y de razón, me envió por el momento al señor Sala, viniendo él mismo a reemplazarle luego y a estrecharme a

(1) *Bon goût* (buen gusto) rima en francés con *d'Argout*. Esta explicación es necesaria para la mejor inteligencia del párrafo siguiente. (N. del T.)

su vez. «Habíase hecho marchar a la Ferronnays a Hradschin, para allanar las primeras dificultades. Montbel había llegado; estaba encargado de ir a Roma para recoger el contrato de matrimonio redactado en debida forma, y que estaba depositado en manos del cardenal Zurla.»

«Suponiendo — continuó el señor de Saint-Priest — que Carlos X niegue el acta de mayoría, ¿no sería conveniente que la duquesa obtuviese una declaración de su hijo? ¿Cuál debería ser ésta? — Una nota muy concisa, le he respondido, en la que Enrique protestase contra la usurpación de Felipe.»

El señor de Saint-Priest ha transmitido mis palabras a la duquesa. Mi resistencia continuaba ocupando el círculo de la princesa. La señora de Saint-Priest, por la nobleza de sus sentimientos, parecía la más viva en sus pesares, y la señora de Podenas, que no había perdido el hábito de aquella sonrisa serena que descubre sus bonitos dientes, mostrábase más tranquila en medio de nuestra agitación.

Nos parecíamos en algún modo a una compañía ambulante de cómicos franceses, representando en Ferrara, con permiso de los señores magistrados de la ciudad, *La Princesa fugitiva* o *la Madre perseguida*. El teatro representaba a la derecha la cárcel del Taso, a la izquierda la casa de Ariosto, y, en el fondo, el palacio donde se celebraron las fiestas de Leonor y de Alfonso. Esta Majestad sin reino; esas inquietudes de una corte encerrada en dos calesas errantes, que de noche tenía por palacio la fonda de las *Tres Coronas*; esos consejos de Estado, celebrados en un aposento de un mesón, todo completaba la diversidad de las escenas de mi fortuna. Dejaba entre bastidores mi yelmo de caballero y tomaba mi sombrero de paja; viajaba con la monarquía de derecho, envuelto en mi portacapa, mientras que la monarquía de hecho ostentaba sus dijes en las Tullerías. Voltaire invita a todos los monarcas a pasar el carnaval en Venecia con Ahmed III: Iván, emperador de todas las Rusias, Carlos Eduardo, rey de Inglaterra, los dos reyes de los polacos, Teodoro, rey de Córcega y cuatro altezas serenísimas: «Señor, la silla de V. M. está en Padua y la barca dispuesta para partir.— Señor, V. M. partirá cuando quiera. — Señor, no quieren fiar más a V. M. ni a mí tampoco, y bien podría acontecer que nos enjaularan esta noche.»

En cuanto a mí, diré como Cándido: «Señores, ¿por qué sois reyes todos? Os confieso que ni Martín ni yo lo somos.»

Eran las once de la noche: esperaba haber ganado mi causa y obtenido de la duquesa mi *salvoconducto*, pero, ¡qué equivocado estaba! La duquesa no abandonó tan pronto una resolución: no me había interrogado aún acerca de Francia, porque, preocupada con mi resistencia a su proyecto, aquél era su negocio del momento. El señor de Saint-Priest entró en mi habitación trayendo la minuta de una carta que su Alteza Real se proponía escribir a Carlos X.

«— ¡Cómo! — exclamé —, ¿persiste la duquesa en su resolución? ¿Quiere que yo le llene esta carta? Pero aun así me sería materialmente imposible atravesar Alemania, pues mi pasaporte no sirve más que para Suiza e Italia.»

«— Nos acompañará usted hasta la frontera de Austria — repuso el señor de Saint-Priest —. La duquesa le dará asiento en su carruaje; y, salvada la frontera, ocupará de nuevo el suyo y llegará a Praga treinta y seis horas antes que nosotros.»

Volé a casa de la princesa y renové mis instancias, pero la madre de Enrique V me dijo: «No me abandone.» Estas palabras pusieron término a la lucha; cedí. La duquesa pareció llena de júbilo. ¡Pobre mujer, había llorado tanto! ¡cómo hubiera podido resistir al valor, a la adversidad y a la grandeza abatida, reducidas a ocultarse bajo mi *protección*! Otra princesa, la Delfina, me había también agradecido mis inútiles servicios: Carlsbad y Ferrara eran dos destierros de diversos soles y en ellos había yo obtenido los honores más nobles de mi vida.

La duquesa partió el 19, muy temprano, para Padua, para donde quedé citado: debía detenerse en el Catajo, en casa del duque de Módena. Tenía yo cien cosas que ver en Ferrara; palacios, cuadros, manuscritos; pero tuve que conformarme con visitar la prisión del Taso. Me puse en camino algunas horas después que su Alteza Real, y llegué de noche a Padua, desde donde envié a Jacinto a Venecia para recoger mi ligero equipaje de escolar alemán y me acosté tristemente en la *Estrella de oro*, que nunca ha sido la mía.

Padua, 20 de septiembre de 1833.

El viernes, 20 de septiembre, pasé la mayor parte de la mañana escribiendo a

mis amigos para notificarles mi cambio de residencia. Sucesivamente fueron llegando las personas del séquito de la duquesa.

No teniendo ya que hacer, salí con un *cicerone* y visitamos las dos iglesias de Santa Justina y de San Antonio de Padua. La primera, obra de Jerónimo de Brescia, es sumamente majestuosa; desde la nave no se distinguen las ventanas practicadas a mucha altura, de suerte que la iglesia tiene claridad, sin que se sepa por donde se introduce la luz. Esta iglesia tiene varios buenos cuadros de Pablo Veronés, de Liberi, de Palma, etc.

San Antonio de Padua (*il Santo*) presenta un monumento gótico agrietado, estilo particular de las antiguas iglesias de Venecia. La capilla de San Antonio es de Jacobo Sansovino y de Francisco, su hijo, lo que se advierte a primera vista; los adornos y la forma son del gusto de la *loggetta* del campanario de San Marcos.

Una *signora*, con vestido verde y un sombrero de paja cubierto con un velo, oraba delante de la capilla del santo, y un criado con librea rezaba igualmente detrás de ella. Supuse que hacía algún voto para el alivio de algún mal moral o físico y no me equivoqué. La encontré después en la calle; era una mujer de cuarenta años, pálida, demacrada, que andaba muy derecha y con un aire de sufrimiento; yo había adivinado su amor o su parálisis. Había salido de la iglesia con la esperanza; durante el tiempo que ofrecía al cielo su ferviente plegaria, ¿olvidaba su dolor? ¿se encontraba realmente curada?

Il Santo abunda en mausoleos, siendo célebre el de Bembo. En el claustro se encuentra la tumba del joven d'Orbesan, fallecido en 1595.

Gallus eram, putavi, morior, spes una parentum!

El epitafio francés d'Orbesan concluye con un verso que un gran poeta quisiera haber compuesto:

Car il n'est si beau jour qui n'amène sa nuit.

No hay día, por hermoso que sea, al que no siga su noche.

Carlos Gui Patin está enterrado en la catedral; su extravagante padre no pudo salvarlo, él que había asistido a un joven caballero de edad de siete años, que había sido sangrado trece veces y curado en quince días, como por milagro.

Los antiguos descollaban en las ins-

cripciones fúnebres. «Aquí yace Epicteto —decía su losa—, esclavo, contrahecho, pobre como Irus, y, sin embargo, es favorito de los dioses.» Camoens, entre los modernos, es el que ha compuesto el más magnífico epitafio, el de Juan III de Portugal: «¿Quién yace en ese gran sepulcro que designan los ilustres cuarteles de ese macizo escudo? ¡Nada! porque a esto se reduce todo... Que la tierra le sea tan ligera ahora, como pesado fué él al moro en otro tiempo.»

Mi *cicerone* paduano era un charlatán, muy diferente de mi Antonio de Venecia; me hablaba, viniese o no a cuento, de *ese gran tirano* Angelo y me anunciaba todas las tiendas y cafés que encontrábamos al paso. En el *Santo*, quiso absolutamente enseñarme la lengua bien conservada del predicador del Adriático. ¿La tradición de esos sermones, no tendría su origen en aquellas canciones que, en la Edad Media, los pescadores (a ejemplo de los griegos) cantaban a los peces para embelesarlos? Aun nos quedan algunas de esas baladas pelargas en anglosajón.

Ninguna noticia de Tito Livio. Durante su vida, hubiera de buena voluntad, como el habitante de Gades, hecho expresamente el viaje a Roma para verle; de buena gana, como Panormita, hubiera vendido mi campo para comprar algunos fragmentos de la *Historia de Roma*, o como Enrique IV ofrecido una provincia por una *Década*. Un tendero de Saumur no estaba por eso; había buenamente hecho cubrir unos batanes con un manuscrito de Tito Livio, que le había vendido el boticario de la abadía de Fontevrault al precio de papeles viejos.

Cuando volví a la *Estrella de oro*, Jacinto había regresado ya de Venecia. Le había encargado fuese a ver a Zanze y que me disculpara por haberme marchado sin despedirme. Halló a la madre y a la hija encolerizadas; acababan de leer *Le mie prigioni*. La madre decía que Silvio era un *bribón*, pues se había permitido escribir que Brollo le había tirado por una pierna, cuando él, Pellico, estaba encaramado sobre una mesa. La hija exclamaba: «Pellico es un calumniador y a más ingrato. Después de los servicios que le he prestado, trata de deshonorarme.» Amenazaba denunciar la obra y perseguir al autor ante los tribunales, y tenía empezada una refutación del libro. Zanze es, no solamente artista, sino mujer de letras.

Jacinto le rogó que me entregase la refutación no acabada aún; dudó, pero le entregó el manuscrito; estaba pálida y fatigada de su trabajo. La vieja carcelera seguía con sus pretensiones de vender los bordados de su hija y la obra de mosaico. Si alguna vez vuelvo a Venecia, cumpliré mejor con la señora Brollo, de lo que lo hice con Abou Gosh, jefe de los árabes de las montañas de Jerusalén, a quien prometí un saco de arroz de Damietta, que todavía no le he enviado.

He aquí, traducido, el comentario de Zanze:

«La veneciana se admira de que un hombre haya tenido el valor de escribir contra ella dos escenas de una novela formada y llena de impías falsedades. Lamentábase vivamente del autor que podía servirse de otra persona, para prestar asunto a su talento, y no tomar por juguete a una joven honrada, de educación y religión, estimada, amada y muy conocida por todos.

«¿Cómo puede decir Silvio que a los trece años (esta era mi edad cuando, como él dice, me conoció) yo iba a visitarlo diariamente a su encierro, cuando juro no haber ido a éste sino muy pocas veces, y siempre acompañada por mi madre o por mi madre o por un hermano? ¿Cómo puede decir que le confió mi amor, yo, que estaba siempre en mis escuelas, yo que apenas empezaba a adquirir algunas ideas, y no podía conocer el amor, ni el mundo; consagrada únicamente a los deberes religiosos, a los de una hija obediente, y constantemente ocupada en mis labores, mis únicos deleites?

«Juro que jamás le he hablado (a Pellico) ni de amor ni de cosa relativa a esta pasión, pero, si algunas veces lo veía, lo miraba con compasión, porque mi corazón compadecía a mis semejantes desgraciados. Por esto aborrecía el destino que mi padre desempeñaba, después de haber ocupado siempre otro cargo; pero, después de haber sido un valiente soldado, y de haber servido fielmente a la república y luego a su soberano, fué colocado, contra su voluntad y la de su familia, en este empleo.

«Es muy falso (falsísimo) que yo haya tomado una vez siquiera la mano del citado Silvio, ni como la de mi padre, ni como la de mi hermano; porque, aunque joven y privada de experiencia, había recibido bastante educación para conocer mis deberes.

«¿Cómo puede decir que lo abracé,

cuando no lo hubiera hecho ni con un hermano, tales eran los escrúpulos que había impreso en mi corazón la educación recibida en los conventos en que mi padre me había mantenido siempre?

«Seguramente, sucederá que haya sido más conocida de él (Pellico), de lo que él podía serlo de mí. Yo permanecía todo el día en compañía de mis hermanos, en un aposento contiguo, en que éstos dormían y estudiaban; por consiguiente, viéndome siempre con ellos, ¿cómo puede decir que hablaba con él de asuntos de mi familia, y que consolaba mi corazón discurrendo sobre el rigor de mi madre y la bondad de mi padre? Lejos de tener motivos de quejarme de ella, siempre la he amado tiernamente.

«¿Cómo puede decir que me regañó por haberle llevado mal café?

«No conozco persona alguna que pueda decir que haya tenido el atrevimiento de regañarme, pues siempre me han apreciado todos por sólo su bondad. Me sorprende en alto grado que un hombre de razón y de talento haya tenido el valor de jactarse injustamente de tales cosas contra una joven honrada, que pudieran hacerle perder la estimación que todos le profesan, el amor de un respetable marido, y la paz y su tranquilidad en los brazos de su familia y de su hija.

«Siento una inexplicable indignación contra ese autor por haberme expuesto de esta manera en un libro publicado, y por haberse tomado la insolente libertad de citar mi nombre a cada paso.

«Y, no obstante, ha tenido la atención de substituir con el nombre supuesto de *Tremarello* el de *Mandricardo*, que así se llamaba el que le traía correspondencias. Puedo dar a conocer con exactitud este hombre porque me constaba cuán infiel e interesado le era; por beber y comer hubiera sacrificado el universo; era pérfido con todos aquellos que por su desgracia le llegaban pobres, y que no podían gratificarle tanto cuanto deseaba, y trataba a estos infelices peor que a irracionales; pero, cuando yo lo veía, le reconvenía y lo participaba a mi padre, porque mi corazón no podía soportar tan malos tratamientos hacia mis semejantes. Mandricardo era bueno únicamente con aquellos que le daban la *buona mancia*, y saciaban su voracidad; ¡perdónesele el cielo!; pero habrá tenido que dar cuenta de sus malas acciones para con sus semejantes y del odio que me profesaba a causa de las reprensiones que le

daba. ¡Silvio ha tenido deferencias y consideraciones con hombre tan villano, y, respecto a mí, que no merecía verme divulgada, no ha usado de la más pequeña atención!

«Pero sabré recurrir adónde se me haga cumplida justicia; nada escucho ya, porque no quiero ser, ni para bien ni para mal, nombrada en público.

«Soy feliz en los brazos de un marido que tanto me ama, y que es real y virtuosamente correspondido; él conoce no sólo mi conducta, sino también mis sentimientos. ¿Y debería yo, por causa de un hombre que considera oportuno explotar mi nombre en interés de sus escritos, inexactos y llenos de falsedades...?

«Silvio me perdonará mi cólera, pero debió esperarla cuando yo hubiese llegado a conocer su conducta hacia mí.

«He aquí la recompensa de todo lo que ha hecho mi familia, que lo ha tratado con la humanidad que merece cualquiera a quien abrumba igual desgracia, y no según las órdenes.

«Yo, sin embargo, juro que todo lo que ha dicho de mí es falso. Acaso Silvio habrá sido mal informado respecto de mi conducta, pero no puede decir con verdad cosas que, no siendo verdaderas, le sirven únicamente de asunto para componer su novela.

«Quisiera decir más, pero mis ocupaciones domésticas no me permiten perder más tiempo. Me limito a dar gracias al señor Silvio por su obra, y por haberme ocasionado, aunque exenta de la menor falta, una continua inquietud y, acaso, una continua infelicidad.»

Esta traducción literal dista mucho de trasladar la vehemencia femenina, la gracia extranjera y la animada sencillez del texto, porque el dialecto italiano de que Zanze se sirve, exhala un perfume propio de su suelo que no puede conservarse en otra lengua. La *apología* con sus frases incorrectas y nebulosas, como las vagas extremidades de un grupo de Albano; el manuscrito, con su ortografía defectuosa o veneciana, es un monumento propio de mujer griega, pero de esas mujeres de la época en que los obispos de Tesalia cantaban los amores de Teágenes y de Cariclea. Prefiero las dos páginas de la joven carcelera a todos los diálogos de Isota, que, no obstante, ha abogado por Eva contra Adán, como Zanze aboga por sí misma contra Pellico. Mis hermanos compatriotas provenzales de otros tiempos se parecen mucho a la

hija de Venecia por el idioma de estas generaciones intermedias, en quienes la lengua del vencido no está aún enteramente muerta, y la del vencedor no completamente formada aún.

¿Quién tiene razón, Pellico o Zanze? ¿de qué se trata en este debate? de una mera confidencia, de un abrazo dudoso, el cual, en el fondo, no se dirige tal vez a quien lo recibe. La viva casada no quiere reconocerse en la deliciosa adolescente representada por el cautivo, pero disputa el hecho con tanto atractivo que lo prueba negándolo. El retrato de Zanze en la memoria del demandadero es tan parecido, que se presenta en la réplica de la defensora, descubriéndose en ésta los mismos sentimientos religiosos y humanitarios, la misma reserva, el mismo tono de misterio y la misma desenvoltura insinuante y tierna.

NOTICIA INESPERADA. — EL GOBERNADOR DEL REINO LOMBARDO-VÉNETO. — CARTA DE MADAMA A CARLOS X Y A ENRIQUE V. — EL SEÑOR DE MONTBEL. — MI BILLETE AL GOBERNADOR. — MARCHO A PRAGA. — DIARIO DE PADUA A PRAGA. — CONEGLIANO. — TRADUCCIÓN DEL ÚLTIMO ABENCERRAJE. — UDINA. — LA CONDESA DE SAMOYLOFF. — EL SEÑOR DE LA FERRONNAYS. — UN CURA. — LA CORINTIA. — EL DRAVE. — UN ALDEANITO. — FRAGUAS. — DESAYUNO EN LA ALDEA DE SAN MIGUEL.

Padua, 20 de septiembre de 1833.

La historia vino otra vez a estrangular la novela. No bien acababa de leer en la *Estrella de oro* la defensa de Zanze, cuando el señor de Saint-Priest entró en mi aposento diciendo: «Hay novedades: he aquí una carta de S. A. R. que nos dice que el gobernador del reino Lombardo-Véneto se ha presentado en Catajo, anunciando a la princesa la imposibilidad en que estaba de dejarla proseguir su viaje, y que ésta deseaba mi inmediata partida.»

En este momento llama a mi puerta un ayuda de campo del gobernador, y me pregunta si gusto recibir a su general; por toda contestación, me dirigí a la habitación de S. E., que, como yo, se había alojado en la *Estrella de oro*.

El gobernador era un bello sujeto.

«—Sepa usted, señor vizconde — me dijo—, que mis órdenes contra la señora duquesa de Berry son del 28 de agosto;

S. A. R. me había hecho decir que tenía pasaportes de fecha posterior y una carta de mi emperador. Pero el 17 de este mes de septiembre, recibo un correo a media noche; un despacho fechado el 15 en Viena, me manda cumplir las primeras órdenes del 28 de agosto, y no permitir que la señora duquesa pase de Udina o de Trieste. Ved, querido e ilustre vizconde, ¡qué desgracia tan cruel para mí! ¡detener a una princesa a quien admiro y respeto, si no quiere conformarse con el deseo de mi soberano! La princesa no me ha recibido bien, y me ha contestado que haría lo que mejor le pareciese. Querido vizconde, vea si puede alcanzar de S. A. R. que permanezca en Venecia o en Trieste, mientras recibo nuevas instrucciones de mi corte. Visaré el pasaporte de usted para Praga, a cuya capital se dirigirá al punto, sin experimentar el más ligero tropiezo, y arreglará todo esto, porque, en realidad, mi corte no ha hecho sino ceder a exigencias. Le ruego que me dispense este servicio.»

La buena fe del noble militar me cautivó; pero, confrontando luego la fecha del 15 de septiembre con la de mi salida de París el 3 del mismo mes, me asaltó una idea: mi entrevista con la princesa y la coincidencia de la mayoría de Enrique V, podían haber alarmado al gobierno de Felipe. Un despacho del duque de Broglie, transmitido por una nota del conde de Saint-Aulaire, había tal vez determinado a la cancillería de Viena a renovar la prohibición del 28 de agosto. Es posible que vaticine mal, y que el hecho que supongo no haya ocurrido; pero dos nobles, ambos pares de Francia de Luis XVIII, y ambos perjuros, eran ciertamente muy dignos de ser, contra una mujer, madre de su rey legítimo, los instrumentos de tan generosa política. ¿Deberá sorprendernos que la Francia actual se confirme cada vez más en la ventajosa opinión que tiene formada de los antiguos palaciegos?

Procuré ocultar el fondo de mi pensamiento, porque la persecución había cambiado mis disposiciones respecto al viaje de Praga; encontrábame a la sazón tan deseoso de emprenderlo solo, en interés de mi soberana, como antes me había opuesto a verificarlo con ella cuando los caminos le estaban abiertos. Disimulé mis verdaderos sentimientos, y, queriendo mantener al gobernador en la favorable voluntad de darme un pasaporte, menté su noble inquietud, diciéndole:

«—Señor gobernador, me propone una cosa difícil; conoce a la señora duquesa de Berry, que no es mujer a quien se maneja como se quiere; si ha tomado una resolución, nada bastará a disuadirla. ¿Quién sabe? Quizá le convenga ser detenida por el emperador de Austria, su tío, así como ha sido encarcelada por Luis Felipe, su tío! Los reyes legítimos y los reyes ilegítimos obrarán de la misma manera. Luis Felipe habrá destronado al hijo de Enrique IV, y Francisco II impedirá la reunión de la madre y del hijo; el príncipe de Metternich relevará en su puesto al general Bugeaud, y todos marcharán de perfecto acuerdo.»

El gobernador, atónito, exclamó:

«—¡Ah, vizconde, cuánta razón tiene! La propaganda lo ha invadido todo, la juventud no nos escucha ya; ni en los Estados venecianos, ni en la Lombardia y el Piamonte.»

«—¿Y la Rumania? — repuse—, ¿y Nápoles? ¿y Sicilia? ¿y las orillas del Rin? ¿y el mundo entero?»

«—¡Ah! ¡ah! ¡ah! — exclamaba el gobernador—. No podemos continuar así; siempre con la mano en la espada, y con un ejército sobre las armas sin batirnos. Entretanto, Francia e Inglaterra, sirven de ejemplo a nuestros pueblos. Hase formado una joven Italia después de los carbonarios; ¡la joven Italia! ¿quién ha oído en tiempo alguno hablar de tal cosa?»

«—Señor — le dije—, emplearé todos mis esfuerzos para determinar a la princesa a que le conceda algunos días; tendrá usted la bondad de proporcionarme un pasaporte, y sólo esta condescendencia impedirá tal vez que S. A. R. siga su primera resolución.»

«—Tomaré a mi cargo — dijo el gobernador ya tranquilo — el permitir a la señora duquesa que pase por Venecia con dirección a Trieste; si retrasa un poco su viaje, llegará a esta ciudad al mismo tiempo que las órdenes que va usted a buscar y habremos salido del compromiso. El delegado de Padua le pondrá la refrendación para Praga, y usted le dejará una carta anunciándole la resolución de S. A. R. de no pasar a Trieste. ¡Qué tiempo! ¡qué tiempo! Me felicito de ser viejo, querido e ilustre vizconde, para no ver lo que va a ocurrir.»

Bohemia, que por haber cedido a la duquesa de Berry. Todo mi temor era que algún agente de la policía italiana pusiese obstáculos a la refrendación. Cuando el delegado de Padua vino a mi casa, descubrí en él un semblante de secretaría, un aspecto de protocolo y un aire de prefectura cual pudiera tenerlo un hombre educado en las administraciones francesas. Esta capacidad burocrática me horripiló; pero, cuando me aseguró que había sido comisario del ejército de los aliados en el departamento de las Bocas del Ródano, sentí renacer mi esperanza, y ataqué a mi enemigo por el flanco de su amor propio. Le declaré que había sido muy elogiada la severa disciplina de las tropas acantonadas en Provenza, aunque nada acerca del particular había llegado a mi noticia, pero el delegado, respondiéndome con una descarga de admiraciones, se apresuró a despachar mi negocio, y no bien obtuve mi refrendación, no volví a acordarme de su persona.

Padua, 20 de septiembre de 1833.

Quando la duquesa de Berry volvió de Catajo a las nueve de la noche, parecía estar muy animada; por lo que respecta a mí, cuanto más pacífico me había mostrado, con más ahinco quería que se aceptase el combate: se nos atacaba, y nos era indispensable defendernos. Propuse, sonriéndome, a S. A. R. que fuese disfrazada a Praga, y que los dos robásemos a Enrique V. Sólo se trataba de saber dónde deberíamos depositar nuestro hurto. Italia no nos convenía por la debilidad de los príncipes; las grandes monarquías absolutas debían ser abandonadas por mil razones; quedaban únicamente Holanda e Inglaterra, de las que yo prefería la primera, porque había en ella, con un gobierno constitucional, un rey sabio.

Aplazamos estos partidos extremos y nos detuvimos en el más razonable, que hacía recaer sobre mí todo el peso del negocio. Reducíase éste a que yo partiese solo, con una carta de la princesa, y pidiese la declaración de la mayor edad, y, en vista de la respuesta de los augustos parientes, enviase un correo a S. A. R., que esperaría mis despachos en Trieste. La princesa unió a su carta al anciano monarca, otra para Enrique, la que debía entregar a éste con arreglo a las circunstancias. El contenido de esta carta era únicamente una protesta con-